

LA PROTESTA

PRECIO 10 cts.

SUPLEMENTO SEMANAL PORTE PAGO

U. Telefónica 0478 B. Orden

Redacción y Administ.: PERU 1537

Valores y giros a A. Barrera

La orientación anárquica del movimiento obrero

Nos hemos propuesto tratar con especialidad este problema, que se nos antoja de capital importancia para el porvenir de nuestra propaganda revolucionaria. Los últimos acontecimientos sociales, las sorpresas que nos reveló la guerra y la revolución — dos exponentes de fuerza que sin embargo nos dieron la medida de la impotencia espiritual del proletariado — y las desilusiones que trajo consigo esa lucha desesperada por la conquista del pan, obligan a los anarquistas a rectificar su táctica en lo que respecta a su intervención en el movimiento proletario.

Es fácil señalar los progresos de la propaganda sindical anarquista en estos últimos años. Por necesidad más bien que por propias determinaciones, los compañeros de Europa se vieron obligados a romper con los políticos de dictadura, ya que la influencia de Moscú viciaba el movimiento obrero que seguía orientaciones libertarias y amenazaba con someter a su autoridad a todo el proletariado que había logrado substraerse a las directivas de los viejos jefes marxistas. Y si bien es cierto que la mayoría de los compañeros europeos, al romper con las ficciones unitarias del bolcheviquismo se colocan en una posición neutra y reclaman la independencia del sindicalismo como una condición esencial de desarrollo y de actividades revolucionarias, es innegable que la concepción anarquista defendida por nosotros gana terreno y muy pronto será aceptada por los orientadores e impulsores de las ideas de libertad y de justicia sociales.

Después de la "experiencia bolchevique" no es posible sostener la vieja interpretación del neutralismo sindical. Los anarquistas, aceptando como un hecho la división ideológica del proletariado y rechazando la mentira de la unidad de clase — que sólo puede encubrir un propósito absorcionista en quienes hacen de esa supuesta unidad un programa político —, establecen de hecho su posición en el movimiento obrero.

Y es ese problema táctico, a nuestro entender, el que deba preocupar a todos los compañeros que se interesan por las cuestiones sociales — aún las pequeñas cuestiones del pan y de la lucha contra el patrono —, pues de lo que representemos como fuerza actuante y determinante en los gremios proletarios depende nuestra posibilidad de orientación en un movimiento revolucionario.

Si después de constatar el fracaso del partido comunista ruso, y como consecuencia la derrota de todo el

movimiento obrero que se inspiró en las ideas marxistas — en el materialismo histórico ofrecido por los bolcheviques como conclusión revolucionaria indiscutible —, los anarquistas persistimos en nuestra neutralidad ideológica, si hacemos incepto en una supuesta unidad de clase que sólo beneficia a los más audaces y a los menos escrupulosos y si nos abstraemos a la verdadera lucha de principios, el movimiento obrero seguirá la trayectoria que le marcan

el calor de la revolución rusa, ¿qué queda de todo el movimiento proletario de post-guerra? Quedan los pocos valores ideológicos que se salvaron del naufragio moral, el reducido puñado de idealistas que no confían al azar los destinos de la humanidad, las fuerzas vitales y permanentes del proletariado ganado para el ideal de libertad y de justicia.

En esa dolorosa constatación debe afirmarse nuestro pensamiento creador. En la guerra europea y en

ción malograda, ¿qué posibilidad de avance nos ofrece la clase trabajadora, vencida por la reacción burguesa o dominada por los nuevos gobernantes surgidos de entre las cenizas de la apagada hoguera?

Se pretende afirmar que el capitalismo ha sufrido un rudo golpe con la revolución bolchevique. Pero lo cierto es que la organización capitalista se va asimilando las fuerzas jóvenes, enérgicas y sanas que realizaron la magna gesta, y el capitalismo, bajo nuevas formas jurídicas, vuelve a imponer su imperio al proletariado de Rusia y se afianza en todas partes mediante repetidos jeeringazos de violencia. El golpe, pues, lo recibió el marxismo. Suyo es el fracaso, no sólo como concepción política que busca en el Estado la base de toda justicia social, sino también como movimiento subversivo que se aprovecha de la fuerza organizada del proletariado para vencer a las viejas castas poseedoras y organizar la "nueva economía" transformando los sindicatos obreros en órganos económicos subordinados al Estado.

Para evitar que el fracaso del sindicalismo se repita en la primera oportunidad que los acontecimientos sometan a prueba su orientación revolucionaria y su capacidad creadora, es necesario que los anarquistas tomemos una posición directa en el movimiento obrero. Pero nuestra intervención no debe reducirse, como hasta ahora sucedió y sucede en la mayoría de los países, a contribuir con nuestra energía al triunfo de una huelga o a disputar a los políticos la dirección de un sindicato o de una federación. La lucha debe trasladarse al campo de la ideología, sin descuidar por eso los intereses inmediatos de la clase obrera y los problemas más urgentes de la organización, pues debemos convencernos de que el peor enemigo de la libertad es el profesional de la política y el creyente del mito autoritario.

El movimiento obrero no sigue una orientación en concordancia con los intereses de clase. En ese caso no sería concebible la existencia de tantos asalariados que, identificados por sus necesidades a sus hermanos de clase, se convierten en los peores enemigos de su emancipación y sirven de poderoso puntal al capitalismo dominante. Las organizaciones, que fueron en su origen agrupamientos creados en razón del oficio que desempeñaba cada obrero — pero siempre con tendencia a disentir ideas y a plantear problemas morales, ya que las constituyen los más conscientes y los más aptos para la lucha — tienden a ser cuerpos vivientes de doctrina, organismos que no sólo interpretan las necesidades materiales de sus componentes, si-

ESA MASA....



—No fermenta con levadura vieja y maloliente

los acontecimientos y estará siempre subordinado a factores materiales y a sugerencias políticas que en todas las circunstancias negaron nuestras ideas. ¿Es que el fracaso del sindicalismo, que sólo tuvo empujes subversivos mientras sufrió el reflejo del incendio ruso, no nos ofrece provechosas enseñanzas? Desaparecido el móvil político que inspiró los diversos ensayos revolucionarios que fueron otras tantas manifestaciones del golpe de Estado bolchevique — y atenuado el entusiasmo nacido al

la revolución rusa el proletariado jugó un papel de poca importancia: oreció su fuerza bruta para realizar propósitos que atentaban contra su vida y su libertad. Descartemos los fines aparentes del movimiento revolucionario que epilogó la última guerra capitalista. Remitámonos a las conclusiones sociales, económicas y morales, que se desprenden del "ensayo comunista", y, principalmente, tengamos en cuenta el estado espiritual de los pueblos en esta hora que señala el ocaso de una revoluc-

no que también, y en primer lugar, tienen muy en cuenta el pensamiento que anima a cada hombre que da su fuerza material e intelectual a la causa común.

Los anarquistas no deben combatir esa división operada por las ideas en el terreno gremial. Más bien está en nosotros el interés de fomentarlas — siempre, naturalmente que no respondan a extrañas influencias y a propósitos mezquinos —, porque así dotamos al movimiento obrero de orientaciones propias y precisas y llegaremos a ser, dentro del conjunto social, una fuerza actuante, cuya influencia no podrán desconocer los que oficiaban de jefes del proletariado y de empresarios de revoluciones, pacíficas o violentas.

En la Argentina hace años que existe un movimiento obrero anarquista. No fué necesaria la experiencia de la guerra europea y de la revolución rusa, para que los anarquistas de este país comprendieran el valor de sus ideas y la importancia capital de un movimiento proletario orientado en un sentido completamente opuesto a toda tendencia política y dictatorial. Por eso la F. O. R. A. pudo eludir todos los ataques de los aspirantes a jefes del proletariado y permaneció fiel a la ideología anarquista en los momentos de mayor confusión. ¿Qué podían los anarquistas ganar con un acercamiento a los políticos conversos al bolcheviquismo o a los sindicalistas neutros que hacían suya la bandera de la revolución rusa para disfrazar su impotencia de treinta años de cobardías y traiciones?

La actitud de los anarquistas de

este país fué de constante oposición a todo intento unitario. Y eso se debió a que nunca creyeron posible la unidad de clase, precisamente porque rechazaban toda neutralidad ideológica y consideraban que en el campo obrero debía rendirse la batalla contra los enemigos que los anarquistas combatimos en el campo de las actividades políticas. ¿Se pudo eludir, en los sindicatos obreros creados sobre la base de la neutralidad ideológica, ese choque de ideas? El antagonismo existe: es una realidad viviente la división del proletariado en grupos doctrinarios más o menos homogéneos, y la existencia de esos grupos antagonísticos destruye la llamada unidad de clase. ¿Por qué empeñarse en conservar una unidad ficticia y que conspira constantemente contra nuestras ideas, contra nuestro pensamiento más íntimo y contra nuestros propósitos más nobles?

El anarquismo internacional debe ocupar su verdadero puesto en el movimiento obrero. Pero para que los anarquistas lleguen a ser una fuerza de actuación y de dirección en los sindicatos, deben comenzar por despojarse de ciertos prejuicios unitarios y comprender su propia misión como potencia espiritual que infunde nuevas energías al proletariado vencido por su propia violencia. Y eso sólo se conseguirá cuando el movimiento obrero se identifique con las ideas libertarias y las anarquistas sean en el sindicato lo que son fuera de él: hombres que hacen del ideal la única razón de su existencia, de sus aspiraciones y de sus luchas.

El racionalismo como factor revolucionario

A propósito de un aniversario

Cúmplense catorce años de la última tragedia de Monjuich, en la que el primer apóstol del racionalismo ofrendaba generosamente su vida a un propósito redentor.

Cabé examinar el alcance de aquella doctrina renovadora de métodos educativos, propagada con abnegación de vidente por quien ha visto en ella un factor decisivo para la solución del palpitante problema de la transformación social. Entretanto rindamos justo homenaje a la memoria del varón invicto que arrojó impávido el más extremo sacrificio en holocausto a un objetivo elevado, al que atribuía trascendentales virtudes revolucionarias. Pero no podemos abandonar ciertos reparos que surgen de aquel criterio sanamente emitido, en cuanto se refieren a las consecuencias discutibles sobre la eficacia de la escuela.

Como teoría pedagógica tiene el racionalismo el vicio de la neutralidad ideológica que no puede, a nuestro entender, proyectarse más allá del radio de las tendencias inocuas. Los ideales que agitan el pensamiento de la época, no quedan así mejor servidos, pues que ni relativamente contribuye a la creación de una nueva moral humana, síntesis fundamental de toda educación revolucionaria. Por lo menos no la expresan de otro modo los actuales cultores del racionalismo, bastante extraño al que difundiera el mártir sublime.

Y es este vicio fundamentalísimo el que pudiera malograr esfuerzos bien intencionados si, como se observa, sólo se trata de alimentar los cerebros infantiles con nociones abstractas, exentas sin duda del farrago de preocupaciones históricas, pero carentes de un idealismo creador que las sustituya, impulsando la acción del futuro hombre por nuevos derroteros en pos de modernas conquistas sociales.

Es inconsistente el argumento a que se recurre para apoyar una tesis opuesta. O se tiene la seguridad de que las concepciones anarquistas no son más que solemnes fantasías y se renuncia francamente a estos principios, o se las acepta como expresión de una mayor suma de verdad social entre las verdades relativas y se impregna sin reservas el espíritu del niño y del adolescente de estas doctrinas trascendentales.

No se ha de suponer en ningún caso que el alma infantil no es modelable, máxime cuando está más dispuesta para ello por ausencia de las preocupaciones que transmite el ambiente. Pruebas hay bien concluyentes que desvirtúan semejante criterio.

Bien lo saben los oscurantistas de todas las religiones reveladas cuando sus mayores afanes consistían en mear las conciencias rudimentarias de la mujer y el niño, en las que es más fácil imprimir las flojas concepciones morales, que

son la base más sólida de la presente civilización.

Hay sin duda un error de apreciación en aquellos que de buena fe sostienen un criterio neutralista en la educación del niño. Si no desarraigan de su alma sensible los prejuicios legados por la ignorancia de los antecesores y no se evita que la conquistan las preocupaciones del ambiente, abriéndole rutas para que desenvuelva en el curso de su existencia una actividad renovadora, se pierde lamentablemente el tiempo, malgastando energías que pudieran ser fructuosas en otras manifestaciones de la acción revolucionaria.

No eran esas las ideas pedagógicas de Francisco Ferrer, aunque frecuentemente se haya visto impulsado a exponerlas de ese modo, determinado por la necesidad de conquistarse la voluntad de muchos padres, en exceso influenciados por normas tradicionales, y de asegurarse el concurso de colaboradores cuyo espíritu flotaba entre las brumas que proyecta el pasado sobre el presente. No eran esas, repetimos, y de ello da fe la vasta literatura anarquista que difundiera la Escuela Moderna y que en buena parte sirvió de texto de enseñanza en las aulas que se han creado por iniciativa del apóstol inmortal.

Y que no llegó su optimismo a atribuir virtud de panacea al racionalismo para transmutar los valores sociales, lo evidencia su acción múltiple, sumándose a cuanta manifestación de rebeldía produjo el proletariado de Barcelona en una época bélica en que vibró como pocas veces al unísono de los grandes ideales.

No queremos suponer cobardía o indigencia mental en los que se esfuerzan en crear un sistema de educación independiente, substraéndola en cuanto les es dable a la deletérea influencia del Estado. Una interpretación, inexacta probablemente, de los objetivos a verificarse, es lo que les permite soñar en la eficacia de unas inocuas normas pedagógicas que nada tienen en el fondo de revolucionarias. Cuando más, ultrapasaban el tímido laicismo de la escuela oficial que no descuida desarrollar idealismos artificiales, útiles a la conservación del presente, pero no avanzan mucho más allá en el orden de las concepciones superiores.

Nuestro excepticismo no cae en los extremos absurdos de rechazar en absoluto un medio educacional armónico con las propias tendencias, pero no rebosa nuestro entusiasmo por un método supuestamente infalible. Entendemos así honrar mejor la memoria de un hombre, interpretando el pensamiento que fué norte de su existencia combativa.

José M. ACHA

EL FUNCIONARISMO OBRERO

Un prejuicio, que ha alimentado por mucho tiempo la hostilidad de ciertos anarquistas contra la organización obrera e hizo el juego a los reformistas que señalaban a los anarquistas, todos en bloque, como enemigos de la organización sindical, es aquel según el cual toda delegación de funciones debe constituir una delegación de poder, una autoridad. Unos y otros, sacando conclusiones opuestas, acababan considerando a la organización de oficio como una especie de pequeño Estado del que los funcionarios eran los gobernantes y constituían el gobierno.

Este prejuicio ahora ha desaparecido casi totalmente, por lo menos entre la gran mayoría de los anarquistas y de sus mismos adversarios, y de todos aquellos que tienen un poco de buen sentido y no han perdido la facultad de razonar. Delegar a un compañero la facultad de representar la propia colectividad en un congreso al que ciertamente no podría asistir toda la colectividad; delegar a uno o pocos asociados algunas funciones administrativas o ejecutivas de la asociación, que por su naturaleza no podrían ser ejercidas por todos y que está en el interés de todos que sean ejercidas por algunos encargados más competentes; todo esto entra en el ámbito de las más es-

res. Para la revolución social, monta tanto el neutralismo cultural que no ha de traducirse en beneficios colectivos, como una cultura adulterada que nada añade al progreso. La concepción del fatalismo histórico sería, en suma, el resultado de esa educación, que torna exceptivos a los hombres, anulando toda actividad progresista.

Es difícil advertir dónde empieza el sectarismo y dónde termina, que es el plato recalentado con que se nos obsequia a los que no nos conformamos con la educación únicamente científica y abogamos con pasión por una enseñanza sociológica.

Tanto se peca por un exceso de independencia, expresión casi siempre de una orfandad de pensamiento, como por la adhesión no razonada a conceptos adquiridos. El término medio es la utilidad que se obtiene a favor de la común aspiración. Y esto es, ante todo y sobre todo, el objetivo que ha de presidir toda actividad personal o colectiva. Lo demás son entretenimientos de "dilettantismo" cuya fragilidad de criterio los consagra cultores a outrance de una tendencia especial, sin reparar en el desgaste de esfuerzos que realiza sin provecho.

Por otra parte, es ilusoria la pretensión de crear el hombre nuevo dentro de los moldes estrechos de una sociedad vieja. Romper el círculo añejo en que nos debatimos, es en todos los casos misión la más esencial de todo anarquista. Las premisas morales que la educación puede encarnar en el espíritu del niño, no serán nunca estables. Hay factores en abundancia que conspiran contra su persistencia, modificándolas o anulándolas por completo. Descartando a la vez la imposibilidad de substituir al Estado en su función de mal educador, resulta impropia la labor de los racionalistas.

Nuestro excepticismo no cae en los extremos absurdos de rechazar en absoluto un medio educacional armónico con las propias tendencias, pero no rebosa nuestro entusiasmo por un método supuestamente infalible. Entendemos así honrar mejor la memoria de un hombre, interpretando el pensamiento que fué norte de su existencia combativa.

Una necesidad de la vida social, sea familiar, de clase o de cualquier agrupamiento humano. También la organización de resistencia y de lucha del proletariado tiene, como cualquier otro organismo social, necesidad de órganos especiales determinados para vivir y funcionar; y tiene, por consecuencia, necesidad de delegar a determinadas personas aquellas funciones que por su naturaleza no pueden ser desempeñadas sino por pocos y que, aunque pudiesen serlo por muchos o por todos, no lo podrían sin un derroche de tiempo, de energía y de medios.

Que la organización obrera tenga necesidad de funcionarios, de empleados que realicen las tareas de las oficinas, que atiendan la administración y la correspondencia, que se dediquen a ese trabajo de proselitismo y de organización, que no podrían atender con constancia los que tienen que trabajar de la mañana a la noche, nadie lo pone en duda. En las pequeñas organizaciones, en aquellas que abarcan un pequeño número de obreros, se puede pagar sin empleados fijos, y el puesto de secretario, de tesorero y de organizador puede también ser cubierto por turno, por los socios de buena voluntad en las horas nocturnas, en los días festivos, etc.

El ideal sería, es cierto, que todos los cargos sindicales se cubrieran gratuitamente o con el simple reembolso de los gastos hechos y de las horas de trabajo perdidas, como se hacía en las primeras organizaciones obreras en el seno de la histórica Internacional, y más recientemente en ciertos sindicatos de España, de Suiza y de Italia. Pero esto en la práctica, al extenderse el movimiento, se ha hecho cada vez menos posible. En realidad, apenas la organización se vuelve importante y numerosa y tiene que defender en los más menudos detalles, día por día, el interés de millares y millares de obreros; cuando la organización comprende muchas secciones de oficios diversos o de diversas localidades; como las cámaras del trabajo y las federaciones de oficio, entonces la tarea del organizador se hace gravosa, larga y sin solución de continuidad, y a debe por lo tanto ser confiada a una o más personas que se dediquen exclusivamente y cotidianamente a ella.

Hay, indudablemente, una tendencia a exagerar el número de los funcionarios en las organizaciones. Especialmente en las organizaciones reformistas — pero el defecto se nota también en muchas que se dicen revolucionarias — con frecuencia se crean oficinas superfluas con excesivos empleados. Y es esta una tendencia perniciosa contra la que se debe reaccionar, tendiendo en cambio a hacer que los empleados sean reducidos al menor número posible. Se debe evitar de todos modos la formación de una burocracia obrera, que poco a poco puede volverse una plaga como la burocracia estatal.

Se formaría entonces una nueva clase parasitaria, y por consiguiente conservadora, cuya razón de ser no consistiría ya en los servicios prestados a la colectividad, sino en la conservación y en el mejoramiento de las propias condiciones económicas a costa de la colectividad. De modo que se podrá decir que el empleado no está para su empleo, sino que el empleo existe para comodidad del empleado.

Contra esta tendencia hay que luchar energéticamente, aún a costa de parecer injustos: hacia los que rinden innegables servicios a la organización. Y por más que sea antipático, y a menudo originado por un bajo sentimiento de envidia, no encuentro del todo injustificado ese sentimiento de desconfianza y de hostilidad por el cual los empleados de las organizaciones no son siempre muy bien vistos. El peligro de que se constituya una verdadera burocracia obrera es tan amenazador por el porvenir, que nunca serán excesivos los esfuerzos para prevenirlo y combatirlo. Para persuadirse, basta pensar un momento en las organizaciones centralistas: alemanas y tradeunionistas inglesas y norteamericanas, donde el peligro se ha convertido en un daño real y permanente.

A pesar de esto, no es posible cerrar los ojos ante la realidad; es imposible no tener en cuenta las necesidades contingentes. La necesidad de especiales encargados en el desempeño de las tareas técnicas y administrativas de la organización es más fuerte cuanto más la organización sindical se extiende y se va convirtiendo en una verdadera condición de existencia para todo el proletariado. La experiencia de la vida sindical demuestra que el empleado de una organización es un poco importante, si quiere cumplir su deber, tiene un trabajo cotidiano constante, que absorbe tanto tiempo y a menudo más del que absorbe la jornada común de un obrero. Y puesto que no son los ricos los que vienen al seno de los obreros a administrar las organizaciones, y también el empleado tiene que comer, es preciso que se le pague.

después de la guerra, y puede de todos modos producirse ahora, como ya ha sucedido en muchas de las más fuertes organizaciones en el exterior.

Me parece que el justo límite, a propósito de estipendios y estipendiados en las organizaciones de oficio, había sido bien trazado en un congreso sindicalista realizado en Bolonia en 1905, en el que los anarquistas sostuvieron que donde las organizaciones debían estipendiar empleados, los estipendios se basen sobre la paga media percibida por los trabajadores socios de la organización que el empleado debe administrar.

No se me oculta cuánto puede haber de imperfecto en tal norma, que por cierto tendrá sus inconvenientes. Pero no hay que olvidar que, se pone al servicio de la organización no debe hacerlo con el simple fin de salir de aprietos, de encontrar un puesto que le dé para vivir, sino que debe considerar el suyo como un puesto de combate y, por tanto, de sacrificio. También el "estipendismo", un feo neologismo que significa una más fea cosa — debe ser evitado porque como ya se ha dicho, el empleo no debe ser hecho para comodidad del empleado, sino viceversa.

El hecho de que se ocupe un puesto en la organización obrera, como se desempeñaría un empleo privado, no es, considerado en sí y desde un punto de vista teórico, ni inmoral ni incoherente con nuestras ideas; pero prácticamente es un daño para la organización, y por consiguiente debe ser combatido.

De todos modos no estará mal que los secretarios de cada organización — siempre disminuyendo y previniendo lo más posible la plaga del funcionarismo y del estipendismo — sean elegidos siempre entre la clase obrera y con preferencia en el oficio mismo de los obreros organizados de cada sindicato. Esto, para evitar que los desplazados y los desocupados de la burguesía, los deshechos de ésta, sean inducidos a mentir sentimientos que no tienen, simplemente para encontrar entre la clase trabajadora una sistematización económica personal que no encuentren en su propia clase.

Estos desplazados, salidos de la burguesía, aparte de ser la mayoría de las veces inaptos para las funciones técnicas de organización, traen consigo costumbres, prejuicios y defectos de su clase que pueden corromper el movimiento obrero, y que indudablemente lo hacen más legalitario y autoritario. Esto, se entiende, en línea general; que luego excepcionalmente puede haber elementos optimos aún entre los organizadores de origen burgués, así como desgraciadamente no es raro el caso de encontrar los peores defectos burgueses entre los obreros.

Es evidente, después de lo que he dicho, que el hecho de que los empleados de las organizaciones consideren sus cargos simplemente un oficio o un empleo para vivir, como tantos otros, presenta peligros graves y puede tener gravísimas consecuencias.

De la formación en ellos de una semejante mentalidad de profesionales deriva entre otros este fenómeno: que los agitadores y organizadores obreros, convertidos en secretarios estipendiados, en emisarios retribuidos, representantes y agentes viajeros con jornal, indemnizaciones de viaje, etc., terminan haciéndose adormecedores de las masas. Y es una consecuencia naturalísima. Desde el momento que los funcionarios sindicales consideran el puesto ocupado como una prebenda, como un medio material de vida, como un oficio, surge en ellos el deseo y la necesidad de conservarlo, de no ponerlo en peligro. Así se vuelven predicadores de la calma a toda costa, conservadores del *statu quo*, temerosos de que una huelga violenta deshaga a la organización, le empobrezca la caja, de que los acontecimientos revolucionarios les quiten los beneficios de la posición adquirida y los obliguen a volver a manejar la garlopa y el martillo, o los dejen desocupados.

Para prevenir y disminuir el inconveniente de que los estipendiados puedan obstaculizar o en cierto modo sabotear el movimiento de la clase obrera por obedecer a consideraciones de interés personal, es bueno insistir sobre la necesidad de que los que perciben estipendios en las organizaciones no sean los mismos que deben decidir de la acción de dichas organizaciones. Es preciso que la influencia de los secretarios estipendiados sobre las decisiones de las organizaciones sea limitada lo más posible, y que las decisiones sean tomadas sobre todo por las asambleas y, en las cuestiones de secundaria importancia o de urgencia máxima, por las comisiones ejecutivas o consejos sindicales, y no por los funcionarios a sueldo.

Esto es aconsejable no solamente para evitar que las deliberaciones en los movimientos obreros sean determinados por las consideraciones personales, del interés de los empleados, sino también para garantizar el funcionamiento libertario y descentralizado de la organización. Es la masa quien debe decidir, y no sus encargados, sobre la orientación del movimiento, sobre las iniciativas a tomar, sobre la acción a desarrollar. Es necesario, casi siempre es indispensable, en toda organización sindical, que haya cargos estipendiados y no estipendiados, — por lo común sólo los secretarios son estipendiados; mientras que las comisiones ejecutivas y los consejos de las cámaras del trabajo no lo son, — pero todos los que desempeñan funciones ejecutivas o de representación o administrativas no deben jamás constituir un *poder*, una autoridad superior sobre el resto de la organización.

En Francia, donde el problema del funcionarismo sindical había empezado a preocupar seriamente, por sus crecientes degeneraciones, a los elementos anarquistas y revolucionarios, poco antes de la guerra de 1914-18 se había delineado seriamente en el seno del movimiento obrero la tendencia a hacer temporales los cargos sociales — ningún funcionario debería ser "permanente", es decir, no cubrir un cargo en una dada organización por más de un cierto tiempo preestablecido — de modo que fuese evitada la formación del espíritu burocrático en los empleados, que el empleo no se volviese una especie de sinecure sin más fin que ella misma y que la larga permanencia de un funcionario en su puesto no acabase por conferirle una autoridad y un señorío en oposición con los fines libertarios de la organización.

También éste sería ciertamente un medio eficaz para oponerse a un desarrollo hipertrofico de las burocracias obreras. Eficaz... dentro de los límites de su aplicabilidad, desgraciadamente, porque no siempre una medida general juzgada buena *a priori* es luego aplicable en la práctica, en todo caso y circunstancia.

No me hago absolutamente la ilusión de haber resuelto; con todo lo que he venido diciendo hasta aquí, esta irritante cuestión del "funcionarismo obrero". Por lo demás, no me parece resoluble nunca de modo absoluto y verdaderamente definitivo.

Como toda cuestión que no sea de carácter teórico, sino práctico, y se enlaze a necesidades de índole económica, ella se resiente del ambiente en que ha surgido y del origen vilado de que deriva. En el movimiento obrero, como en todos los movimientos, cuando el interés personal y económico entra en el juego de las diversas fuerzas, lleva siempre consigo un elemento de perturbación y de corrupción; aún cuando el interés es legítimo y no se puede absolutamente prescindir de él.

No hay rosa sin espinas, dice el proverbio. Así también la organización obrera, a pesar de sus méritos, a pesar de la utilidad que aporta a la causa revolucionaria, a pesar de ser indispensable, tiene en sí sus inconvenientes, que derivan del ambiente burgués en que está obligada a moverse.

Los anarquistas y los revolucionarios procuran disminuir, neutralizar, eliminar tales inconvenientes; pero éstos no deben impedirles sostener con todas las energías de que son capaces la organización de clase de los trabajadores, que es la expresión mejor de la fuerza de éstos y su baluarte más fuerte, a la sombra y bajo la protección del cual solamente podrá desarrollarse con eficacia una verdadera acción revolucionaria contra la burguesía.

Luigi Fabbrì

EL MINERO



Del fondo tétrico de la mina, agotado por la fatiga, el triste paria encorvado, vuelve al hogar desolado, donde los pequeños esperan el pan amargo que copiosos audaces han regado.

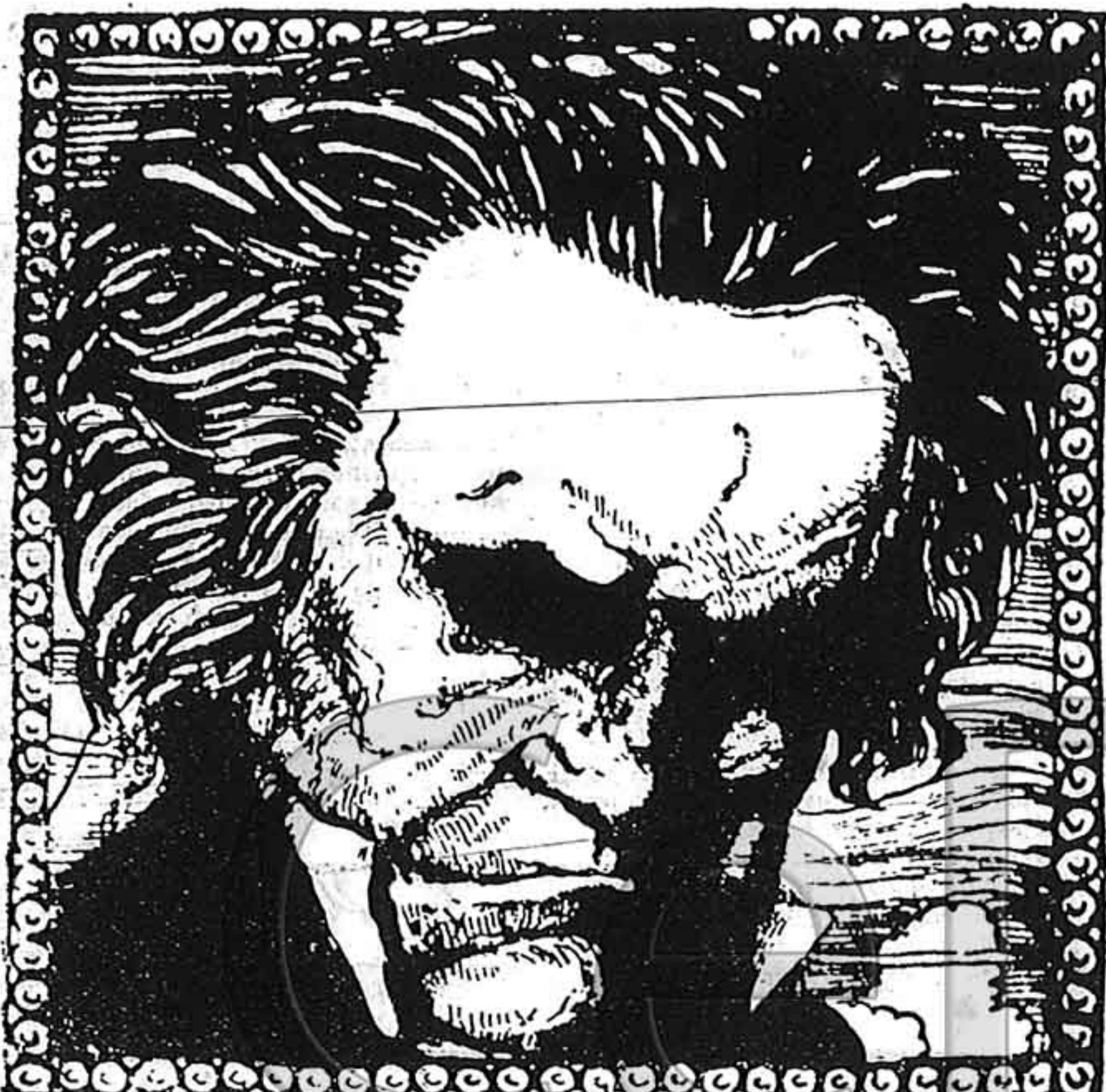
Literatura-Arte-Ciencia

BEECHOVEN Y WAGNER

LAS IX SINFONIAS

Busco un término de comparación para las nueve sinfonías de Beethoven, y el único que encuentro digno de ellas es la Idea Platónica. Las hermanas sublimes son nueve arquetipos. Insuperables, eter-

puro. En la séptima y la octava — como Shakespeare en las "Alegres Comadres de Windsor" — hizo gala Beethoven del humor inabarcable de Falstaff; y en la novena el dolor humano huyó vencido para siempre ante la alegría dionisiaca más metafísicamente invencible.



EL "DRAMA MUSICAL"

nas, incorruptibles, las Sinfonías descuelgan en lo más encumbrado del cielo luminoso del Arte.

Decía Platón que sólo por virtud de la intuición se conoce el misterio de las Ideas, de las Formas. Sólo en el arcano de la intuición estética se penetra el alma nuestra con la creación eterna de Beethoven.

Bach, Haydn, Mozart, fueron autores de ensayos admirables en la búsqueda del arquetipo. Sólo Beethoven dió con él. Musicalmente, el maestro de Bonn es una cumbre del ingenio humano. Una vez ganada su victoria nadie ha osado acercarsele. Ahí queda, en su emporio, girando en su órbita única, con la soledad imperial de las montañas. Silencioso, a pesar de su armonía; alto y aislado en su luz, como las montañas.

La música es el arte del sentimiento humano. Tiene su esfera de acción en lo más esencialmente nuestro y subjetivo. No pinta, ni labra, ni consruye. Por medio del órgano más inmaterial de todos nos relaciona expresivamente con lo más íntimo de nuestro ser moral. Cuando la palabra y el pincel enmudecen de impotencia, la música habla.

Y jamás habló al sentimiento humano el arte musical como en las IX Sinfonías. El heroísmo se expresó en la tercera. El amor en la cuarta. En la quinta — como en la tragedia clásica — quedó el genio por encima de la tragedia. En la sexta se expresó la naturaleza como sentimiento

He aquí la importancia del teatro poético, del drama musical, de la interpretación trágica de la vida lograda merced al auxilio de elementos morales y religiosos. La paradoja se resuelve en un vasto y profundo axioma. Despréciase lo concreto para elevarse a lo universal. Desdénase el tiempo para instalarse en la eternidad. Déjase de percibir lo relativo de la historia para fijar lo absoluto, el amor de Iseo y de Tristán. El hombre no es ya un producto del siglo, sino un alma inmortal presa del dolor y el egotismo, pero capaz de redenciones inmortales.

Gracias al prestigio de la fantasía el genio artístico borra los límites de la historia. Hace de sus personajes arquetipos tallados en el mármol de los siglos. Las pasiones de los actores desaparecen ante la pasión humana; el fondo decorativo ya no es una época definida, sino el tiempo mismo, siempre viejo y siempre actual.

"Tout passe. L'art robuste
Seul a l'éternité,
Le buste
Survit à la cité".

Antonio CASO.



Primer Salón de Independientes

Los artistas que expusieron sus obras en el Salón Wicomb, con el epígrafe que encabezaba estas líneas, no eran en realidad artistas independientes, ni su exposición ha sido un primer salón de tales.

Los artistas que expusieron sus obras en el Salón Wicomb, son algunos de los artistas rechazados por el jurado del Salón Nacional de Bellas Artes, y un artista rechazado por un jurado que él ha admitido y elegido, no es en verdad un artista independiente. A lo sumo podrá ser una víctima de la envidia, de la ignorancia o de la incompreensión, pero no un independiente.

"Artistas Independientes", ha sido la hoja de parra bajo la cual ellos, a su vez, procedieron a una selección más o menos rigurosa de rechazados, es decir, su espíritu de independencia, surgido de la noche a la mañana por obra del despecho, no podía admitir ni comprender la libertad amplia para todos, el derecho de todos a exponer. Se erigieron en jueces. Hicieron clases. Y encontraron la fórmula, el expediente hipócrita de la fórmula, para evitar los reproches y los reparos de la crítica. Si el salón se hubiese llamado de *Revolución* tendrían que admitir

que a todos o proceder a la constitución de un jurado.

Esto último hubiese sido, dentro de su terreno, el proceder honrado y franco; en cambio buscaron el subterfugio y la hipocresía: *artistas independientes*. Es decir, un grupo de afines, etc., y cien otros argumentos y excusas amables y corteses para con los no expositores.

¿Tal es el espíritu de esta élite? ¿No tiene el sentido de la responsabilidad ni el valor de afrontar situaciones bien definidas?

"El tiempo nos dirá cuánto dura esa "independencia" tan lamentada por ellos. Artistas rechazados, no independientes, su espíritu de libertad termina allí donde comienzan los favores oficiales.

Pero por algo se empieza, y ¿quién más que nosotros podrá regocijarse por el advenimiento de un grupo de artistas libres, de artistas que despreciando el éxito fácil, luchan heroicamente por ideales verdaderos?

Los cuadros expuestos por ese grupo de rechazados no eran mejores ni peores que los admitidos en el Salón Nacional. El nivel artístico de ambos salones era idéntico. No podía ser menos, siendo gemelos hijos de la misma aspiración de agradar al jurado y a la crítica: obtener un premio y vender.

ZERO.

LAS MUJERES

Cuando llega la noche, entre las piedras resacas y el ruido humano, las prostitutas se ponen a cantar. Son miserrimos despojos, seres tristes de descalzador y piedad, todo que el hombre engendrará a propósito para el placer. La tiniebla lleva y dispersa esa tonada en giros; copos de tristeza, que son, como el lina, la aflicción de la noche, sollozando. Noche... Andad, venid, remordimientos, señores: sonó vuestra hora! Una ciudad se construye de bloques negros. Hay aún laridades dispersas, sublimas, que la sombra callada, taceando, ahoga de súbito sin rumor. Y de entre las puertas medio abiertas surgen fisonomías como ólo las crea el remordimiento; diríase, de tristes y cansadas, que se van a disminuir como las de los muertos.

Es la hora en que el gato tiñoso desciende la escalera con pasos huecos, en que el giboso cuenta siempre la misma historia incoherente, en que los pobres salen en busca de pan.

En la sombra, las mujeres hablan para olvidarse. Algunas veces se cierran las bocas y de la tiniebla irrumpe aquella voz de tragedia, como si la tiniebla hablase, a la que de un rincón la oscuridad responde:

—¿Eh, tú!...
—¿Qué pasa?
—Me acuerdo ahora de una cosa.
—¿El qué?
—¿Sabéis qué es lo peor de esta vida? Es no poder estar triste...
—Ya empezas tú...
—Poco a poco, la noche que cae las ahoga, y en la obscuridad se siente divagar la Desgracia... Se callan, y después la misma voz comienza:
—Viene uno y quiere que me ría, y le miro otro y me quiere triste. ¿A quién de los que entran le importa nada?
—¿Y entonces?
—Nada. Pero, aún así, mirad que es triste no poder al menos acordarse...
—¿De qué?
—De lo que está lejos...
—Mejor es no acordarse de lo que pasó.
—Preferiría ser como muerta — afirma otra voz.

—¿Y tú?
—¿Yo? ¿Hablas conmigo? — pregunta una flaca surgiendo de la sombra — Preferiría no tener memoria, para no volver a verla, cuando la vi estirada en el ataúd, por vergüenza de mí...
—¿A quién?
—A mi madre.

—¿Ah!...
—Pues sí... dice la primer voz. — En esta vida nosotras no debemos recordar. Toca a cantar, muchachas...
¡Cantad!

Y las mujeres continúan cantando, en un tono desgarrado, de una tristeza inmensa. Después se callan y una vuelve a hablar. Dicen siempre las mismas palabras, más para hacer ruido que para que las oigan. Hay una que ríe de todo. Es flaca, pálida y gastada. Lleva un parche en un ojo y ríe siempre, con un aire de máscara, de sí misma, de las otras, de todas sus desgracias.

—Yo soy la Mouca — comienza ella a las risotadas. — Mi madre me echó fuera, era yo pequeña, y yo, si tuviera una hija, la arrojaría a la calle para que se ganara la vida. Dieron cuenta de mí los ladrones, crecí en el arroyo y mi cama eran las piedras de los portales... Dieron cuenta de mí los ladrones. ¡Vidas! ¡Vidas!...

—No te callarás!
—De pequeña anduve todo un invierno con una camisa rota. Hasta fué un bien; ahora no siento el frío. Después me molieron. ¿Ustedes no quieren saber? Me pisoteaban por nada. Aprendí. Cuesta mucho llevar la vida... A los trece años me disfrutó un ladrón. Era un viejo calvo que parecía un San Pedro. Le llamaban Lesma; ustedes han de haber oído hablar. La gente sólo aprende a su costa. ¡Vidas! ¡Vidas!... Yo estoy hecha de tierra, de la tierra que todo el mundo pisó, pero también he pisado. Hay desgracias peores, sé que las hay. V morir gente por no tener un mendrugo que llevarse a la boca. Mirad que conozco la desgracia. La he afrontado... Hace mal

quien se rebaja... Un día nos gusta un hombre, y aún es peor. ¿Q é se le va a hacer? Todas tenemos que someternos, todas somos lo mismo, las ricas y las que no tienen una sed de agua. Lo peor es cuando empieza a gustarnos un hombre... ¿Ustedes saben lo que es el amor? El amor es cada cual ser como un perro. Es, que nosotras seamos menos que nada y que ellos lo sean todo. Ahí tienen lo que es el amor. El, a pegarme; y yo, a decir acá conmigo: "Si tú me pegas es porque gustas de mí". Ahí tienen lo que es el amor: es que nosotras seamos menos que un perro... Yo esclava; él, señor... ¡Se acabó! Todas tenemos que sufrir.

—Todas. No hay nada peor que nacer mujer.

—Yo nunca tuve suerte. ¿Qué me importaba que él me pegase? Me ponía a mirar los cardenales de mi cuerpo y decir para mis adentros: "Este es mi amigo". Un día me partió un brazo; pero somos como los perros, que sólo quieren al

dueño que les dá puntapiés. Lo peor fué que empezó a despreciarme. Todos los hombres son lo mismo... ¡Vidas! ¡Vidas! Un día me dijo: "Estoy harto de tí". Y, ¿sabéis? no me habló nunca más. ¡Ay, cuánto más se sufre por amor de un hombre, más se le llega a querer! "Pero déjame quererte..." Mi alimento eran lágrimas. Y bebía a todas horas para aliviar un dolor que se me puso en el corazón. ¡Pero él viene! ¡El vuelve!... ¿Cuál?

—¿Cómo se llamaba?
—¿Qué le importa? No es bueno mentar a los muertos. Dejád estar a quien está quieto. ¡Ah, si vosotras lo hubiésteis visto muerto como yo lo vi!... Ver muerto a un cuerpo que se tuvo en los brazos es como ver a un hijo en el ataúd. ¡Por más que gritemos no le damos vida! Llevaba siempre en el corazón el mismo dolor... Una vez me vestí, pálida y fría como difunta, y fui a verle. "¿A qué vienes?" me dijo. Yo le contesté: "A servirte". Y me ref. "Ya sé que no me puedes ver; ¡se acabó!" "No me importa. Sólo te pido que me dejes servir. Vengo a ser vuestra criada". El se echó a reír. Después vino ella, y yo me puse a reír también. "Vengo a ser vuestra sirvienta; ¿cuánto me dais de soldada?" Ellos cuchichearon. "Donde ustedes

pongan los pies pongo yo la boca". "Aquí estoy, aquí me tienen". Ellos se rieron de mí. "Anda, esclava!" Y yo me iba y veía. "¿Qué queréis de mí?" "A la calle, esclava!" Y yo me marchaba en la hora buena. Un día acerté a quedarme y les di veneno en la comida. Lo comieron. Entonces, cuando lo vi muerto, me puse a reír, a reír, que era un dolor del corazón. Me llevaron en brazos. En la prisión me acosaron a preguntas, y yo solo reía. Ya me dolía la cara de tanto reír. Y lo veía siempre muerto a mi lado. ¿Por qué lo mataste?" Y yo desataba a reír... Aquí tienes, cada cual cumple su destino! Todas tenemos que someternos y que sufrir. "Yo soy la Mouca", terminó entre risotadas.

Raul BRANDAO

¡Jóvenes artistas!

Oh, vosotros, jóvenes artistas, escultores, pintores, poetas, músicos, ¡no véis que el sagrado fuego que inspiró a vuestros predecesores se ha extinguido hoy día, que el arte es vulgar, supeditado a los perversos gustos de la burguesía adócada, y por lo tanto impera en absoluto la burguesía!

Y no puede ser de otro modo: la inspiración de descubrir un nuevo mundo, y bañarse en las fuentes de la naturaleza que creó las obras maestras del Renacimiento, se ha agotado en nuestros tiempos. El ideal revolucionario no ha dado calor hasta ahora, y a falta de este ideal, el único real y verdadero, los artes han supuesto un bastardeado realismo que consiste en fotografiar perezosamente la gota de rocío en la hoja de la planta, imitar los músculos de la pata de un cuadrúpedo, y describir en prosa y verso el aire azulado del salón de una mefetriz de alto rango.

Pedro KROPOTKIN

Una verdad dicha a un granuja, hace el mismo efecto que la candela echada en la guarida de los parásitos. Por eso los granujas, cuando les dicen la verdad, procuran darte el color de la columbina.

J. J. ROUSSEAU

Noche de lluvia

Llueve... Espera, no duermas. Estate atento a lo que dice el viento Y a lo que dice el agua que golpea Con sus dedos menudos en los vidrios. Todo mi corazón se vuelve oídos Para escuchar a la hechizada hermana, Que ha dormido en el cielo, Que ha visto el sol de cerca, Y baja ahora elástica y alegre De la mano del viento, Igual que una viajera Que torna de un país de maravilla.

¡Cómo estará de alegre el trigo ondeante! ¡Con qué avidez se esponjará la hierba! ¡Cuántos diamantes colgarán ahora Del ramaje profundo de los pinos! Espera, no te duermas. Escuchemos El ritmo de la lluvia. Apoyá entre mis senos Tu frente taciturna.

Yo sentiré el latir de tus dos sienes Palpitantes y tibias, Tal cual si fueran dos martillos vivos Que golpearan mi carne. Espera, no te duermas. Esta noche Somos los dos un mundo, Aislado por el viento y por la lluvia Entre la cuenca tibia de una alocba. Espera, no te duermas. Esta noche Somos acaso la raíz suprema, De donde debe germinar mañana El tronco bello de una raza nueva.

JUANA DE IBARBOUROU

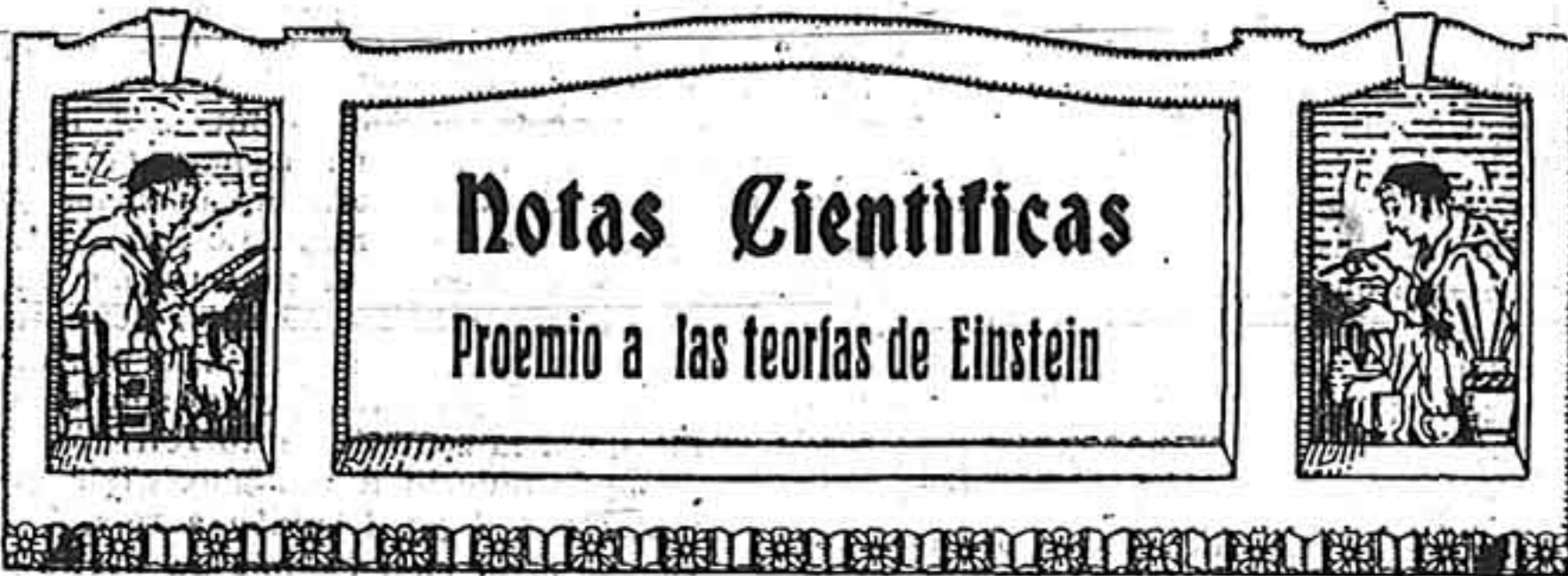
En el cañaveral

Misteriosamente llegó al retiro En el misterio del cañaveral. "¡Ay!"... El suspiro Se apagó en mi boca. (Los follajes Parloteaban frescos como agua manantial). Sus bellos ojos, salvajes De helcón me decían albricias... Me embriagué, la embriagué con mis caricias. Y, corona del Amor que eterno siembra, Fué un triunfo de macho y un triunfo de hembra.

Se fué... mas ha dejado mis sentidos llenos De ella: su rumor, su suavidad, su fragancia, Su anala, Contenta y loca, En mis manos el temblar de sus senos Y la humedad de su boca en mi boca.

Miro en la hierba la huella Hermosa del cuerpo de ella. Y pienso, estremeciéndome, en el regalo ardiente De mi cuerpo a su cuerpo profundamente, Y en su vientre, pálido como mi frente, Que en sagrada y secreta Labor de madre Puede darme la gloria de ser padre, Mejor que la de ser poeta.

LUIS L. FRANCO



Notas Científicas

Proemio a las teorías de Einstein

ABERRACION DE LA LUZ. — HIPÓTESIS SOBRE EL ETÉR. — EN POS DEL MOVIMIENTO ABSOLUTO. — CONSTANCIA DE LA VELOCIDAD LUMINOSA. — LA CONTRACCION DE LORENTZ. — EINSTEIN Y LOS CONCEPTOS CLASICOS DEL TIEMPO Y DEL ESPACIO. —

(Conclusión)

"Cada cuerpo material lleva consigo, cual una a modo de atmósfera, el éter que lo está unido. Además, existe en el vacío interaéreo un éter inmóvil insensible al movimiento de los cuerpos materiales que se mueven en él y que, para distinguirlo del éter unido a los cuerpos llamaremos 'superéter'. Este superéter ocupa todo el vacío interestelar y, cerca de los astros, se superpone al éter que éstos arrastran. El éter y superéter se transparentan lo mismo que transparentan la materia y las vibraciones que transmiten se propagan allí independientemente."

"Cuando un cuerpo material emite series de ondas en el éter que lo circunda, esas ondas tienen con respecto a él la misma velocidad constante de la luz; pero cuando las ondas han atravesado la capa relativamente delgada del éter que está unido a ese cuerpo material y que gradualmente se funde en el superéter, las ondas se propagan en éste último y entonces cuando con relación a éste, toman progresivamente su velocidad."

"En esta hipótesis, todos los hechos se explican y concilian: 1.º, la aberración de las estrellas, porque el superéter nos transmite los rayos luminosos de éstas, sin alterarlos; 2.º, el resultado negativo del experimento de Michelson, porque la luz que producimos en el laboratorio se propaga en el medio en que ha nacido, es decir, en la capa de éter que arrastra nuestro globo; 3.º, el hecho de que a pesar de la lejanía o de la aproximación de las estrellas, los rayos luminosos de éstas llegan hasta nosotros con una común velocidad adquirida en el superéter poco después de emitidos."

"Pero siendo el éter ya de por sí una hipótesis de comprobación imposible, según el experimento Michelson-Morley, admitir un superéter resulta, demasiado arbitrario, es abusar de un material que resta consistencia a la obra. La prudencia ha de ser la virtud de la sabiduría e hilar una hipótesis sobre hipótesis es propio de espíritus temerarios afectos, a sostenerse sobre lo deleznable. Una ciencia así construida corre el riesgo de desmoronarse al menor estremecimiento."

Lorentz, Fitzgerald y Maxwell crearon otra teoría de mayor aprobación entre los sabios y que a no haber existido Einstein, hubiera prevalecido sobre la anterior.

Escúchese lo que de ella dice M. Schlick en las siguientes líneas:

"... resolvieron la dificultad merced a una nueva hipótesis física. Admitieron que todos los cuerpos que se mueven con respecto al éter sufren en la dirección del movimiento una contracción igual a

$$\sqrt{1 - \frac{v^2}{c^2}}$$

veces su longitud. De esta manera quedaba perfectamente explicado el éxito negativo del experimento de Michelson; en efecto: si la distancia entre los dos espejos se acorta por sí misma cuando deja de ser perpendicular al movimiento de la Tierra y coincide con la dirección de este movimiento, entonces la luz necesitará también menos tiempo para recor-

rerla, y la cantidad en que el tiempo disminuye es exactamente igual a la cantidad en que hubiera debido aumentar. El efecto del movimiento absoluto queda pues anulado exactamente por el efecto de esta "contracción" de Lorentz. Por eso se justifican las afirmaciones de Trouton y Noble en el condensador y otros hechos experimentales del mismo género."

El ya mencionado Nordmann escribe al respecto:

"Lo que ha parecido chocante en la hipótesis de la contracción de Lorentz es en primer término, que esa contracción depende solamente de la velocidad de los objetos y, en ningún caso, de la naturaleza de éstos, que es la misma para todos, sea cual sea la substancia; la composición química y el estado físico que los distingue."

"De reflexionar un poco, esa cosa tan peregrina parece menos inadmisible. ¿Acaso no sabemos que todos los átomos están formados por los mismos electrones, cuya disposición y número atómico es lo único que difiere y hace que los cuerpos sean diferentes?"

"Si pues los electrones, comunes a toda materia, sufren simultáneamente, lo mismo que sus distancias relativas, una contracción debida a la velocidad, natural es pensar que el resultado pueda ser idéntico para todos los objetos. Cuando el calor dilata una parrilla de hierro de tamaño determinado, la cantidad en que una temperatura de cien grados la alza y extiende, será siempre la misma, ya tenga diez, ya cien barros de acero por metro; con tal que los barros sean idénticos."

Pero esta teoría, como la anterior, sigue conservando la hipótesis indemostrable del éter. Además, la naturaleza es enemiga de la excepción y el privilegio. ¿Por qué, sólo, esa clase de movimiento "rectilíneo, uniforme y paralelo al movimiento de un cuerpo respecto del éter", posee la virtud de contraer? Y ¿acaso puede determinarse la posición que ha de darse a un cuerpo para que sufra la contracción conforme al postulado de Lorentz? ¿Sabemos por ventura la dirección del movimiento traslativo terráqueo, no respecto al sistema solar, sino respecto al espacio o al éter? He ahí preguntas que sería menester contestar para que la teoría en cuestión estuviera formulada por un lenguaje claro y conciso.

Para el físico es real sólo lo mensurable. Partiendo de ese principio, Einstein no se preocupó en apuntalar una hipótesis que se derrumba con otra nueva. Los hechos rechazaban la existencia del éter, o lo que es lo mismo, hacían imposible su comprobación; luego, ¿no se podía prescindir de él? Eso es lo que ha hecho el sabio alemán aceptando el experimento Michelson-Morley, sin entretenerse en explicarlo. La "invariancia" de la velocidad de la luz se presentaba como una verdad empírica y nada importa se comprendiera o no su cómo o por qué, ya que no es la naturaleza quien deba adaptarse a nuestra inteligencia, sino viceversa.

Fue así como Einstein se propuso una revisión de los conceptos más fundamentales de la ciencia, llamada clásica, y halló que era menester declarar caducas sus definiciones por no avenirse con la realidad de las nuevas operaciones, y re-

emplazarlas por otras más en conformidad con la experiencia.

He aquí algunos ejemplos que nos facilitarán la comprensión de la labor analítica del célebre sabio:

Supongamos (figura III) un tren en movimiento hacia donde marcha la flecha. En el punto "I" de la vía hay un observador quieto. Si en los puntos "h" y "n", equidistantes de "I", se producen simultáneamente dos señales luminosas, es indiscutible que el observador situado en

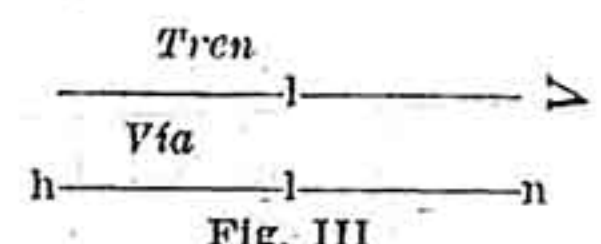


Fig. III

el lugar "I" de la vía las verá al mismo tiempo. Pero, si dicho observador se hallara viajando dentro del tren y dichas señales se produjeran cuando el punto "I" del tren coincidiera con el punto "I" de la vía, la señal proveniente de "h" sería observada después de la proveniente de "n". Luego, lo que es simultáneo para un observador situado sobre la vía, no lo es para el viajero del tren. La simultaneidad de dos sucesos resulta, así, un concepto relativo; depende del sistema de referencia en que se coloque el observador.

Supongamos de nuevo un tren y su vía (fig. IV). Ubiquemos en el punto A de la vía un observador y otro en el punto A' del tren. Pensemos en que la luz recorre solo 10 ms. por segundo y que 100 ms. separan a A de B, después de 10 segundos para ambos observadores. Pero si el tren se mueve a 1 m. por segundo y el relámpago se produce cuando A y A' coinciden, el observador de A contará

José NOVOA LOPEZ

(1) c representa la velocidad de la Tierra; 30 kms. c es igual a 300.000 kms. constante de la luz. En Mercurio q equivale a 100 kms., etc. Se va que ésta es la única cantidad variable de la fórmula

Ojeada general sobre el movimiento libertario en Italia desde 1914 a nuestros días

La guerra europea, como en todas partes, también en Italia tuvo la virtud de destruir el movimiento revolucionario en general y el anarquista en particular. La "realidad" de una "guerra revolucionaria", la ilusión de la conquista de una "más amplia democracia contra una terrible tiranía" hizo olvidar también a algunos anarquistas la verdadera misión del anarquismo, ayudando a difundirse la confusión. Pero en Italia la confusión provocada por estos tránsfugas fue relativa, solo hasta que se desencadenó sobre el movimiento revolucionario entero una terrible reacción; los tránsfugas pasaron casi repentinamente al enemigo. La situación revolucionaria italiana en los últimos meses que precedieron a la gran conflagración europea era muy firme. Muchos revolucionarios se movían por todas partes, de norte a sud. Grandes y continuas huelgas generales hacían imposible la vida burguesa de la nación, preñada de peligros. Apenas había salido Italia de la guerra colonial por la conquista de la región tripolitana y había que descontar, a través de una profunda y vasta crisis económica, su naciente anhelo imperialista. La desocupación y la tendencia — entre los grandes capitalistas — a disminuir los salarios aumentaban el descontento entre la masa trabajadora y la agitaban más y más. Los motines sucedían a los motines, las huelgas a las huelgas; las agitaciones, además de comprender a los obreros de las ciudades, se extendían, también, a los campesinos, que en muchas ocasiones, estallaron en colosales y magníficas luchas. Los anarquistas y los sindicalistas gozaban de gran influencia, y en no pocas regiones, como en la milanesa, la bariésa, la parmense, etc., etc., contaban también con la mayoría de las masas, de modo que podían imponer agitaciones propias. En estas circunstancias se inició en mayo de 1914 por los anarquistas y los sindicalistas una gran campaña en pro de la supresión de las famosas "compañías disciplinarias" y de otras diversas víctimas del militarismo. Se decidió, a iniciativa de los anarquistas, sindicalistas y republicanos, que en el primer domingo de junio, día en que debían tener lugar en toda la península revistas militares, que to-

dos los partidos revolucionarios convocaran para la misma hora grandes mítines de protesta. Se hizo así y las revistas militares no pudieron tener lugar. Pero la brutalidad y la ira de la policía se desahogó un poco en todas partes sobre los manifestantes y, en ciertos lugares, como en Ancona, ocurrieron también muertes.

La noticia de tales hechos fluctuosos suscitó la sensibilidad de la masa revolucionaria que, espontáneamente y con una simultaneidad sorprendente, declaró contra la voluntad misma de los dirigentes de las organizaciones reformistas, una grandiosa huelga general en toda la península. Sobre todo en la Romagna el movimiento de protesta asumió formas tan vastas que se confundió con un verdadero movimiento insurreccional. En algunas ciudades se había declarado abolido el régimen monárquico y levantado la bandera de la revolución.

El movimiento duró una semana, la famosa "semana roja" de junio de 1914; pero la traición de la Confederación General del Trabajo, propiamente cuando el movimiento estaba por asumir en toda Italia las formas de una verdadera revolución, que declaró "suficiente y terminada la protesta", malogró en su comienzo ese gran movimiento. La noticia de la clausura oficial de la agitación lanzó la confusión y la incertidumbre entre las masas; confusión e incertidumbre que sirvió al gobierno para deshacer brutalmente las últimas resistencias.

Los subversivos, los anarquistas sobre todo, después de esta tentativa insurreccional fracasada, fueron ferózmente perseguidos y arrestados. El compañero E. Malatesta, complicado en un proceso penal, debió tomar nuevamente el camino del destierro.

Entretanto la guerra iba a devorar a Europa entera y el cañón había hecho sentir ya su voz.

En tales condiciones y con un fermento revolucionario tan fuerte, Italia no podía entrar en la guerra inmediatamente, ni al lado de Alemania, ni al lado de la Entente, donde tenía en perspectiva me-

os intereses. Declaró una neutralidad brillante y activa".

Las nueve meses de neutralidad italiana no sirvieron más que para preparar moral y materialmente la entrada en la guerra, que no había podido tener lugar por las razones indicadas.

No pocos llamados revolucionarios se fueron arrastrar por diversas y no desferasas influencias, en el ámbito de política imperialista del gobierno italiano. Entre otros hay que recordar aquí director del diario socialista *Avanti!*, después se hizo fundador e inspirador del fascismo, Benito Mussolini; además casi por completo la Unione Sindacale Milanese, la Unione Sindacale Parigense con no pocas organizaciones sindicales. El movimiento obrero y revolucionario fue quebrantado de este modo, y a sus filas mismas se originó una terrible descomposición y degeneración que fueron después las raíces — durante los grandes movimientos revolucionarios de la post-guerra — del fascismo.

Italia entró en la guerra. De toda la prensa anarquista, ya numerosa en Italia antes de la guerra, no pudieron resistir a la reacción más que el *Avvenire anarchico*. Los demás, *Volontà*, dirigida por E. Malatesta, *Il Libertario*, *Il Rebel*, *Il Scamiciato*, etc., debieron cesar la publicación, unos por absoluta falta de fondos, otros deshechos por la reacción. El anarquismo en Italia, sin embargo, no estaba muerto, no moría. Solo alguna insignificante personalidad, ofuscada por la guerra, se había retirado y había entrado en el campo enemigo; pero en su conjunto, el movimiento anarquico permanecía sano.

Fueron millares los desertores, millares los anarquistas que se rehusaron a empuñar las armas en favor del capitalismo. Solo Sulza hospedaba cerca de 17.000 desertores italianos, en gran mayoría anarquistas; y en diferentes regimientos de la península italiana se habían echado al campo bandos de desertores y sostenían una lucha armada contra la policía. En Italia el espíritu guerrero no había profundizado mucho. Cesado el entusiasmo y la embriaguez de los primeros meses también la masa volvía en sí y no quería ya marchar. La famosa derrota de Caporetto es un testimonio.

La actividad anarquica, bien que a través de enormes dificultades, fue siempre intensa y profunda; en la ciudad, entre los obreros, la propaganda anarquica adquiría formas más y más vastas y se podía publicar algún nuevo periódico y en 1916 se tuvo en Rimini un congreso ilegal.

La guerra tocaba a su fin, los imperios centrales, a causa de la terrible deficiencia de víveres, no podían mantenerse más; además venía de Rusia una gran revolución para los oprimidos. La guerra estaba a punto de acabar, pero el descontento iba extendiéndose más y más y profundizándose. Habíanse celebrado ya varios mítines de protesta contra la guerra y en pro de una amnistía y la policía se había visto imposibilitada para impedirlos. El pueblo italiano no sólo no quería ya marchar, sino que quería también una amnistía para los millares y millares de rebeldes que se habían rehusado a prestar servicio militar y se encontraban en las prisiones, en el exterior o en el campo. Vino el armisticio y vino la amnistía — una de las más grandes que se hayan dado jamás.

El movimiento anarquista había tomado y tomaba siempre una mayor extensión y una profunda influencia sobre las masas obreras. La ya numerosa prensa semanal no bastaba (se tenían más de diez semanarios), así, pues, en el congreso nacional de Florencia de 1919 los anarquistas de Milán presentaron una moción para crear un diario. La proposición pareció muy atrevida, pero no imposible; los mismos compañeros de Milán asumieron el cargo de elaborar tal proposición y de lanzarla al conocimiento público. El movimiento revolucionario aumentaba siempre, la revolución llamaba a las puertas de Italia, y un diario en manos de los anarquistas sería un arma poderosa y sobre todo habría realizado mucha labor útil y profunda. Lanzada la iniciativa del diario, asegurada la dirección del compañero Malatesta, en pocos meses se pudieron recoger los fondos necesarios para su reali-

zación, y en febrero de 1920 veía la luz el cotidiano.

La obra desarrollada por el diario anarquista fue colosal, sobre todo durante los motines revolucionarios de 1920, que comenzaron con la agitación contra la carestía de los víveres y culminaron en la famosa conquista de las fábricas por parte de los metalúrgicos y de los químicos, en el otoño de 1920 y con la invasión de la tierra por parte de los campesinos. Y fué *Umanità* Nora, el diario anarquista, la única voz que, además de animar en la lucha, fue pródiga en consejos a los trabajadores que durante largas semanas no abandonaron ni día ni noche las fábricas. Fué *Umanità* Nueva especialmente, la que, — con un grupo de intelectuales comunistas de Turín — sostuvo y divulgó los famosos consejos de fábrica, que durante la ocupación de los establecimientos demostraron su completa eficiencia, — aunque a través de no pocas dificultades — y les dio aquella forma libertaria mantenida hasta la traición de los dirigentes del partido socialista y la Confederación General del Trabajo, con la ilusión de algunos verdaderos revolucionarios, que hizo desarmar a los obreros y ceder nuevamente los establecimientos a los burgueses. Desde entonces el fenómeno fascista se hizo inevitable a la tranquilidad de la burguesía y a él se plegaron los contrarrevolucionarios de todos los colores. No se quiso hacer la revolución, por diferentes razones que estudiaremos en otro artículo, y, naturalmente, se debía tener la reacción. La burguesía había tenido demasiado miedo para olvidar pronto y dejar pasar las cosas tan ligeramente. Y la reacción lentamente, a través de lagos de sangre, aunque obstaculizada por resistencias gloriosas y actos de desesperación, logró vencer. Creo superfluo, por ahora al menos, relatar to-

La Asociación Internacional de Trabajadores en 1872-73, desde el congreso de Saint-Imier al congreso de Ginebra (Septiembre de 1873)

(Conclusión)

El congreso jurasiano (Neuchâtel, 27, y 28 de abril de 1873) propuso la reunión del congreso general para el primero de septiembre y la del congreso de las federaciones anti-autoritarias para el 28 de agosto, en una ciudad suiza. Pero el Consejo federal belga, algún tiempo más tarde, en junio, propuso que la federación jurasiana fuese encargada de la organización del congreso general a partir del primero de septiembre y no se hizo cuestión del congreso anti-autoritario especial. Desde el mes de mayo se tenía en vista Ginebra, y el 8 de julio el Comité Federal jurasiano convocó el congreso para el primero de septiembre en Ginebra.

Una circular de New York (1º de julio) convocó el congreso de los adherentes de Marx para el 8 de septiembre, en Ginebra igualmente: de ahí los dos congresos de Ginebra que demostrarían a los más ciegos dónde había llegado en el espacio de un año la Internacional dirigida por Marx y Engels y cuál era la situación de las federaciones que habían rechazado esa denominación odiosa.

Acabemos primeramente con el congreso postizo de los autoritarios, farsa increíble cuyos hilos han sido ahora puestos al desnudo por la publicación de las cartas íntimas dirigidas desde Londres y desde Ginebra a Sorge; se conocía ya un informe publicado por la revista rusa de Lavroff y ciertas revelaciones de uno de sus instrumentos principales, H. Oberwinder. No hubo allí protocolo regular, y nadie de los iniciados ha sabido desenmarañar los papeles de esa reunión curiosa. Los *mensurs* desacreditados de la Federación romanda, los políticos ginebrinos que habían cooperado con Marx para combatir el socialismo revolucionario de los camaradas de Bakunin, hicieron un gran esfuerzo para que se transportara el Consejo general a Ginebra, lo que fué combatido de dos maneras por sus

das las atrocidades empleadas por la reacción fascista para vencer, y la absurdidad de una justicia sometida al fascismo, que golpeaba despiadadamente con años y años de presidio a los que sólo se habían atrevido a defender la propia vida. Todas las atrocidades cometidas por Horty en Hungría, aún la de los bolcheviques en Rusia, son una cosa pálida en comparación con lo que hicieron los fascistas para romper el movimiento revolucionario italiano. La historia del movimiento revolucionario italiano de estos últimos años está escrita con sangre, con mucha sangre.

El fascismo domina ahora, dueño absoluto, desde hace algunos meses, en Italia. Periódicos, grupos, Camere del Lavoro — todo lo que, en suma, tenía un aspecto revolucionario, no existe ya; todo fué destruido. Millares y millares de nuestros compañeros están en prisión; los masacrados se cuentan por millares; millares y millares son los prófugos que recorren el mundo. En Italia no se puede hablar ya; en Italia reina la muerte y la destrucción; pero el espíritu revolucionario y anárquico, persiste; aún germina en la sangre y pronto dará sus frutos. Deshecho, se rebela; dominado, se levanta; con el terror y la violencia no se puede matar una idea, no se puede matar la anarquía.

En un próximo artículo observaremos más detalladamente el movimiento anarquista italiano durante los años 1919, 1920 y 1921 y los diferentes acontecimientos de estos años, en especial de los famosos movimientos contra la carestía de la vida, y la ocupación de las fábricas y de la tierra.

HUGO TRENE

colegas de 1870 a 1872, — por Marx que sabotó el congreso impidiendo la participación de un delegado que venía de Londres, y por J. Ph. Becker, de Ginebra, que fabricó una mayoría de delegados de ocasión, ayudado por el hombre más mal afamado del movimiento social democrata austríaco, H. Oberwinder. J. Ph. Becker estaba furioso por la abstención prudente debido al prestigio de Marx y de sus amigos y dijo muy arrogante y despectivamente: "¡que el diablo les lleve! si vieran el peligro, hubieran debido venir dos veces en lugar de una". Si se examina de cerca la especie de informe dado por la revista rusa, se percibe uno que aun es pseudo de dados que se prestaban a figurar como congreso, tenían alguna necesidad moral de hacer lo mejor posible, de reparar el mal hecho en La Haya, de reducir los poderes arbitrarios del Consejo general, etc., pero fueron condenados al fracaso por el hombre de los mandatos ficticios, H. Oberwinder, que se demostró celoso porque quería insinuarse en los buenos oficios del Consejo general para rehacer su reputación, muy malparada en Austria. El aislamiento moral de Marx y de Engels fué rechazado por este congreso: aún sus acólitos y engañados fruncieron el ceño. Habían preparado un último golpe, el folleto difamatorio contra Bakunin y la Alianza. Engels se figuró que caería como una bomba entre los autonomistas y que Bakunin sería muerto rígido (carta a Sorge, 26 de julio). Pero ese libelo compuesto por Engels, Lafargue, Utin y Marx, pasó desapercibido y quedó siempre sin venderse; he visto yo mismo aún cómo se hacían circular los últimos ejemplares a bajo precio, casi veinte años después. Se engañaría uno mucho si creyese que Marx y Engels han tenido algún sentimiento viendo el fracaso de la Internacional que había quedado bajo su influencia. (En cuanto a la Internacional anti-autoritaria no hay que decir que ellos experimentaban placer cuando iba mal); se hicie-

ron pronto una rima de su desastre por algunas composiciones históricas que les costaban poco. Su conciencia sabía hacer buena cara a todo.

El verdadero congreso de Ginebra de la Internacional (1-8 de septiembre de 1873) reunió a los delegados John Hales y G. Eccarius (Inglaterra), L. Verrycken, Victor Dave y otros dos (Bélgica), Rafael Farga Pellicer, José García Viñas, Charles Alexis, José Maquet y Paul Brousse (España), Jules Montels, Luis Pindy, Adrien Ferrare (secciones francesas), H. van den Abeele (Holanda), Andréa Costa, Cebare Bert, F. Mattel y V. Cyrille, Frédes, (Italia), A. Spichiger, Alfred Andrié, James Guillaume, A. Claris, Andignoux, Ostyn, Dumarthey (todos franceses) y N. Joukowsky (ruso), de la Federación jurasiana; por tanto, 24 delegados, entre ellos un gran número de los internacionalistas más conocidos en sus países, como Hales, Eccarius, Verrycken, Dave, Farga Pellicer, Albert Pindy, Costa, Spichiger, Alfred Andrié, Guillaume, y hombres que no se habían visto más famosos, como Viñas, Brousse, Montels, Ferrare y Dumarthey (Malatesta estaba entonces preso y Caffero y Bakunin estaban absorbidos ya por la idea de la Baronesa en Locarno. Bakunin habitaba en Berna, donde lo visitó una parte de los delegados).

Las discusiones, de las cuales se publicó un informe muy detallado, nos muestran por primera vez a los anarquistas de diversos matices, y a algunos socialistas moderados (como Hales y Eccarius), en discusión amistosa basada sobre las experiencias en el movimiento y los esfuerzos revolucionarios de cada país. Hubo una gran diversidad de opiniones; principalmente las cuestiones de lo que se pondría en el lugar del Consejo general abolido, de la huelga general y su relación con la revolución social, y de la admisión de los trabajadores no manuales (del pensamiento) en la Internacional, fueron vivamente discutidas. Italianos, franceses, belgas, jurasianos y españoles, todos de un temperamento diferente y viviendo entonces en condiciones bien diversas, unos vencidos y derrotados, otros con grandes luchas aún entre sí, pero todos con buenas esperanzas, cada cual buscaba el más claro matiz equitativo y el libertario. Se llegó a una revisión de los estatutos generales de 1866, cuyas modificaciones principales son las siguientes:

No se trata ya de Consejo general; las federaciones y secciones conservan su completa autonomía, es decir, el derecho de organizarse según su voluntad, de administrar sus propios asuntos y de determinar por sí mismas la marcha que deben seguir para llegar a la emancipación del trabajo. En el congreso actual no se hará uso del voto más que para las cuestiones administrativas, no pudiendo ser objeto de una votación las cuestiones de principio; las decisiones del congreso no serán ejecutorias más que para las federaciones que las hayan aceptado. Los votos se harán por federación.

El congreso encargará cada año a una federación regional de la organización del congreso siguiente; esa federación servirá de Bureau federal, el cual se comunicará tres meses antes todas las cuestiones a someter al próximo congreso; el Bureau federal podrá además servir de intermediario para las cuestiones de huelgas, de estadística y de correspondencia en general a las federaciones que se dirigieran a él para ese efecto.

El congreso designará la ciudad del próximo congreso, que un voto de las federaciones regionales puede cambiar, etc. Una nueva federación anunciará su intención de entrar, tres meses antes del congreso, al Bureau federal; las federaciones regionales darán mandato a sus delegados al congreso para decidir su aceptación.

He ahí todo, es un cuadro suficiente para asegurar una cooperación estrecha, si pareciera deseable, y que deja a cada uno su libertad completa en su medio. — Todo es voluntario, salvo la aceptación de la opinión de la mayoría, con la cual la situación del Bureau federal está ligada, pero puesto que existe la tendencia general a cambiar la localidad del congreso, el Bureau federal era móvil también. En la situación creada a la Internacional en Europa entonces y vista la debilidad de los movimientos en Inglaterra y en Holanda y las persecuciones en España

y en Italia, los congresos y el Bureau no podrán cambiarse más que entre Suiza y Bélgica y, en efecto, hubo dos congresos en Suiza, el presente y el de Berna (1876) y dos en Bélgica (Bruselas 1874: Verviers, 1877); en 1875 no hubo congreso. Ese arreglo tenía el defecto de que no podía prever aún en 1873 que la eficacia del Bureau federal dependía mucho del estado de la federación a la que fuera confiado y que podía cambiar en el curso de un año; sin embargo, si el movimiento quedaba vigoroso en todas partes, esa baja local habría importado muy poco, y es preciso buscar la causa de la desaparición de la Internacional libertaria después de 1877 en causas generales que tendían hacia otras soluciones.

Las encuestas en la acentuación de las ideas anarquistas que sentían esos débiles lazos como obstáculos y prefirieron el grupo libre. Lo mismo la idea anarquista, más ampliamente despuntada entonces, hizo de cada anarquista un propagandista, por la palabra, el ejemplo y el hecho, y no un organizador. Así los lazos externos perdieron su importancia y fueron reemplazados por lazos más íntimos y variados que existían entre los camaradas de un país y de todos los países sin que hubiese necesidad de una organización internacional para eso.

El congreso de Ginebra de 1873 expresó aún que la Asociación "entiende practicar con todos los trabajadores del mundo, cualquiera que sea la organización que se den, la solidaridad en la lucha contra el capital para realizar la emancipación del trabajo". — No son, ciertamente, los anarquistas los que faltaron a esa solidaridad, pero desgraciadamente no se puede decir que los elementos autoritarios y otros hayan jamás deseado ejercer la solidaridad con los anarquistas. Por su parte hubo siempre odio y persecución desde la primera Internacional a la cuarta de hoy, desde las luchas e intrigas del tiempo de Marx a las luchas sangrientas de la era bolchevista. Hemos verificado aquí para el año 1872-73 de qué parte estuvo la franqueza, la tolerancia, la solidaridad, y de qué parte estuvo el odio, la intolerancia, la excomunión, pero también que lo primero llevó la jovial reconstrucción de la Internacional libertaria, y lo segundo la desaparición nada gloriosa del trozo autoritario. He aquí un vistazo breve sobre un año de la Internacional.

Max Nettlau

28 de julio de 1923.

Cartas sobre los acontecimientos de Rusia

NOVENA CARTA

SENTIDO DE LA DESTRUCCION

(Continuación)

La cuestión del papel y de la importancia de la destrucción en la revolución social ¿ha sido agotada por lo dicho en las cartas precedentes? Lejos de eso; pero no es necesario extenderse tanto sobre las tesis siguientes. Nos limitaremos a formularlas más o menos sucintamente.

Como hemos dicho ya, la destrucción es necesaria para disipar a los ojos de las grandes masas las ilusiones liberales, y para dar así a la revolución la posibilidad concreta de matar la democracia, de obstaculizar toda suerte de reformismos, de superar el justo medio. Sin el proceso continuo de una profunda destrucción, las masas, — después de la tempestad, después de las primeras conquistas, — se calmarían, retornarían a sus ocupaciones habituales. La vida se arreglaría de nuevo, volvería, en cuanto al fondo, al antiguo molde. Entonces el reformismo y la democracia podrían reafirmarse. La revolución social quedaría

muerta. La destrucción continua no da al "medio" el tiempo de estabilizarse y de desempeñar el papel de una fuerza capaz de resolver los problemas de la revolución y de crear la vida. La destrucción descubre con evidencia la impotencia real del "medio", engendra la desilusión y la desconfianza necesarias frente a la democracia continua revolucionando las masas. En fin, escinde el medio. (Formando al mismo tiempo el frente de la reacción, la destrucción, por eso mismo, hace más clara y más precisa la lucha).

Los ejemplos citados en la carta precedente constituyen ya una ilustración suficiente de esta tesis. Añadiremos el ejemplo de dos momentos típicos de la revolución rusa: 1) los bolcheviques existían también antes de octubre; antes de octubre predicaban también su revolución; aspiraban a ella. Pero esa revolución no pudo realizarse y rechazar la democracia más que cuando el proceso destructivo hubo madurado allí necesariamente; y sublevó las grandes masas; 2) la tentativa de ciertos elementos más activos y más impacientes de hacer estallar la revolución ya en julio de 1917 no tuvo éxito: la destrucción y sus resultados no habían llegado todavía en ese momento al efecto indispensable.

También en el extranjero la democra-

cia se empujea hoy gradualmente. Es que en el extranjero, igualmente, la destrucción sigue su marcha y llena su misión. Como lo hemos indicado ya, su presencia y la depreciación gradual de las ilusiones democráticas, tal es uno de los síntomas de la revolución social en desarrollo.

La destrucción continua e implacable está llamada a romper tarde o temprano las últimas tentativas de entente entre el trabajo y el capital; tentativas que, sobre una cierta extensión de la revolución (sobre todo en los países industriales avanzados), tendrán lugar en varias ocasiones y en las dimensiones más amplias, con el fin de hacer abortar la revolución creciente y desviarla hacia la "evolución", hacia la vía de la acomodamiento, de la pasividad y de la solución pacífica de los conflictos. La destrucción irresistible quitará en fin toda posibilidad a esas tentativas.

No es más que una destrucción irresistible y continua la que podrá dar a la revolución la posibilidad real de romper el Estado; de desenmascarar su impotencia creadora, su inutilidad, su perniciosidad; de matar la idea estatal misma, de hacer aproximarse mucho más las masas a la idea de una construcción y de una existencia no estatistas. Sin esa destrucción completa, el Estado se haría, bajo una forma u otra, inevitablemente dueño de la situación (porque si hay el menor apaciguamiento antes de que el nuevo tejido se haya formado, es el antiguo el que reaparece). En cuyo caso no habría que hablar de una revolución social: con el Estado, el capitalismo se habría salvado.

Descubriendo toda la impotencia creadora de una organización autoritaria que, al mismo tiempo, impide las investigaciones y la creación independiente de las masas, la destrucción, demuestra de una manera brillante el peligro del poder y de la autoridad en general.

Más aún. Al privar todo gobierno de punto de apoyo, demostrando paso a paso el vacío y la mentira de todo poder, suprimiendo consecutivamente en toda forma política la posibilidad de justificar hábilmente su existencia y de afirmarse sólidamente, la destrucción deshace ante los ojos de las masas, no sólo la ilusión de todo poder, sino también de toda función política en general. Entraña la muerte del principio político mismo. La destrucción mata la política, toda política, la posibilidad misma de una construcción política cualquiera, la idea política misma. Bajo este aspecto, la importancia del proceso destructivo es enorme. Porque sin una destrucción completa, el milagro de la autoridad y de la política no puede ser desvanecido, y

sin ese derrumbamiento completo, la revolución social no podrá ser realizada.

Descubriendo la verdadera naturaleza — la impotencia creadora, el vacío, la mentira y el peligro — del Estado y de la autoridad, la destrucción descubre claramente a los ojos de las grandes masas también toda la esterilidad, toda la perniciosidad del socialismo estatista y autoritario. Con todo el pasado, se derrumbará también el socialismo construido sobre las nociones arraigadas de ese pasado, y que por esa razón se había incrustado tan fuertemente en los espíritus. La verdadera revolución se libertará de sus obstáculos.

En la hora actual, el socialismo, en el fondo, cae en ruinas. Tal es uno de los más importantes resultados del proceso destructivo, y al mismo tiempo uno de los signos más seguros de la revolución social en marcha.

Se desprende de esto que la destrucción está llamada a probar también toda la ineptitud, toda la inutilidad de los llamados partidos políticos (socialistas) para la obra de la revolución social. Todos están unánimes en reconocer que su abundancia y el desmembramiento de las masas trabajadoras que resulta de ello, son uno de los más grandes obstáculos para la revolución. Los partidos mismos lo comprenden; pero considerándose cada uno como el poseedor único de la verdad, no puede menos que alabarse, glorificarse, apelar a sí mismo desacreditando a todos los demás. La destrucción triunfará contra ese obstáculo reduciendo a fin de cuentas todos los partidos a un solo denominador: los matará demostrando su esterilidad, llevando a las masas a la necesidad de obrar y de hacer por sí mismas, directamente, de un modo acorde y concreto; la destrucción matará la idea misma, absurda y falsa, de tratar de realizar — por las masas, con su ayuda y por su método político (toma del poder) — tal o cual doctrina social. La destrucción y sus resultados designarán a los defensores de esas doctrinas su puesto y su verdadera obra: la propagación de sus concepciones y su comprensión de las vías revolucionarias, pero no la imposición de esa comprensión a la vida, como la única verdadera, con ayuda de la organización política y de las masas artificialmente asociadas por esta última. La descomposición de los partidos políticos que comienza bajo nuestros ojos es la mejor ilustración de lo que precede.

La destrucción es indispensable para sacudir y revolucionar las organizaciones obreras existentes que, en el ambiente normal de nuestra época están inclinadas a oscificarse, a adaptarse, a desiluzarse en el reformismo y a degenerar.

(Concluído)

La pasión de un revolucionario

(3)

(Grabados en madera por Frans Masereel)



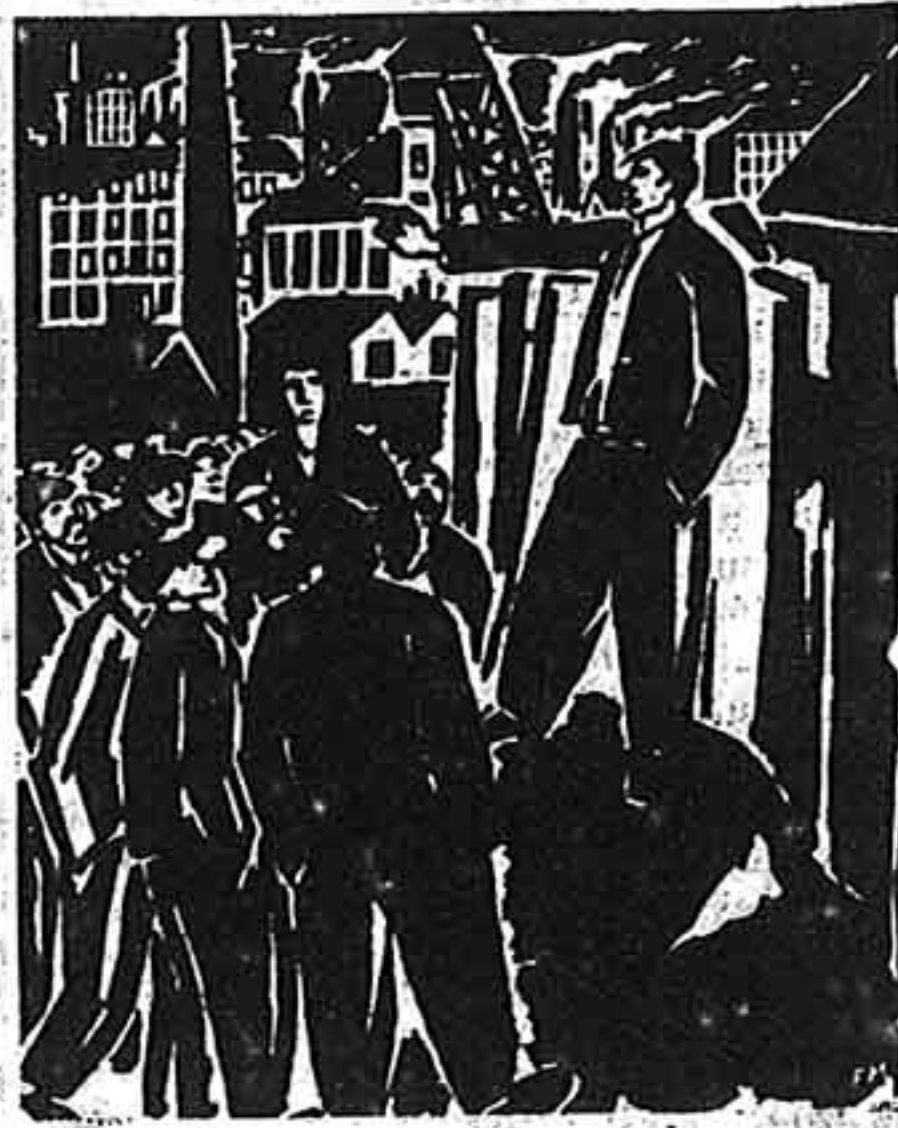
Sus compañeros lo instan a salir de fiesta.



En la sala de baile oívida un instante sus preocupaciones.



Una vez solo, piensa en el modo de aliviar los males de la humanidad.



Lleno de fervor revolucionario, predica a las masas.